

CELIA VILLALOBOS

LA POLÍTICA APASIONADA



La política apasionada

Celia Villalobos

Con la colaboración de José Manuel Martínez

© Celia Villalobos Talero, 2020

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley.

Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

El editor hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización del propietario del *copyright* de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de derechos de las mismas y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Primera edición: septiembre de 2020

© por la colaboración, José Manuel Martínez Ruiz, 2020

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2020

Edicions Península,

Diagonal 662-664

08034 Barcelona

edicionespeninsula@planeta.es

www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición

DEPÓSITO LEGAL: B-7.597-2020

ISBN: 978-84-9942-846-8

ÍNDICE

Prólogo	13
1. MI RETIRADA DE LA POLÍTICA (2019)	17
Me quito el escudo del PP. Ahora soy solo Celia Villalobos	17
Una moción de censura traumática	21
Mi apuesta por Soraya y Fátima	25
Las elecciones del 28-A, el batacazo del PP	33
Generales del 10 de noviembre, las elecciones que quiso Sánchez	38
La política líquida	42
2. MIS PRIMEROS AÑOS EN EL PP (1983-1990)	49
Mi aterrizaje popular	49
Los primeros contactos con Aznar	55
La llamada de Fraga para ofrecerme ser diputada	60
La diputada Celia Villalobos promete su cargo	64
Las diputadas, unidas por encima de las siglas	77
Voto de conciencia con sanción económica	79
3. MI PASO POR LA MESA DEL CONGRESO (2004-2016)	87
Manuel Marín, un excelente presidente del Congreso	87
Las intolerancias de José Bono	88

De Bono a Posada. Se cierra la etapa negra	91
Errores amplificadas	93
4. DIPUTADA EN LA UNIÓN EUROPEA (1994-1995)	95
La experiencia de Bruselas	95
5. MI ETAPA COMO ALCALDESA (1995-2000)	101
Camino a la alcaldía	101
La dura batalla de las listas electorales	102
Campaña del 95	105
Juanma Moreno, el joven que ayudó a ganar las elecciones	106
Alcaldesa de Málaga, un difícil reto cumplido	110
Los duros inicios al frente del Ayuntamiento	112
Los problemas de limpieza	115
El diálogo para hacer frente a la falta de mayoría absoluta	117
Antonio Garrido, el concejal brillante y apasionado	119
La restauración de la Manquita	120
Alcaldesa de todos, con los pies en la calle	123
Navidades en Málaga	125
La recuperación de la fachada marítima de la carretera de Cádiz	127
La nueva Feria de Málaga	128
Las entrañables bodas en el Salón de los Espejos	129
La vía complicada del AVE a Málaga	131
La Semana Santa de Málaga	134
Pregonera de la Semana Santa de 2002	138
Festival de Cine de Málaga	139
Grandes proyectos para una gran ciudad	141
Antonio Banderas	143
Carmen Cervera, Tita para las amigas y baronesa Thyssen	145
Madrina del libro más personal de Antonio Gala	147
Pablo Picasso	148
De la primera a la segunda convocatoria a la alcaldía	149

6. MI EXPERIENCIA COMO MINISTRA (2000-2002)	155
Ministra de Sanidad	155
Los protocolos y la seguridad	159
La preocupación por las enfermedades raras	161
El gran encontronazo a costa de la transexualidad	163
La grave crisis de las vacas locas	164
Mi relación con los profesionales sanitarios	175
El conflicto con el aceite de orujo de oliva	183
Presidencia española de la UE	184
Querrela millonaria contra la potente Baxter	188
Cenas en el Palacio Real	189
Viaje a La Habana	192
Un regalo navideño muy sanitario	193
Los comienzos de la fundación contra el alzhéimer	195
Viaje a Nueva York a la reunión de ONUSIDA	197
7. ALGUNAS REFLEXIONES	205
El recuerdo de Rita Barberá	205
Mi primer contacto con Pablo Iglesias	209
La importancia de los medios de comunicación	211
Víctima de ETA, salvada por los pelos	220
Cataluña dividida	224
Lucha contra corriente por la igualdad de la mujer	229
Precursora contra la violencia de género	239
El divorcio entre los ciudadanos y los políticos	241
Mi familia	242
Epílogo	247
Agradecimientos	249
Índice onomástico	251

MI RETIRADA DE LA POLÍTICA (2019)

ME QUITO EL ESCUDO DEL PP.
AHORA SOY SOLO CELIA VILLALOBOS

Eran las 9:30 de la mañana del miércoles 20 de febrero de 2019, y yo me encontraba en el Congreso de los Diputados. Había quedado con Susanna Griso para hacer unas declaraciones para su programa, *Espejo público*, sobre la noticia del día anterior, relativa a la Comisión del Pacto de Toledo, que yo presidía. En la última reunión de esta había tenido que levantarme tras constatar la imposibilidad de un acuerdo de todos los partidos para aprobar las resoluciones que durante dos años habíamos pactado, con grandes dificultades y cesiones por parte de los representantes de todas las fuerzas políticas de la Cámara.

Ese día, una representante de Podemos, en concreto de En Marea, la misma que ha sido nombrada ministra de Trabajo en el reciente Gobierno de coalición, Yolanda Díaz, dijo que no firmarían, así que le pregunté a qué resolución en concreto se refería, en un último intento de conseguir el acuerdo. Pero ella especificó que no firmarían ninguna de las resoluciones, desde la cero a la última, es decir, que venían a boicotear el pacto, ante la gran sorpresa de todos nosotros, que no entendíamos nada de lo que estaban haciendo.

Todos habíamos realizado un gran esfuerzo, conscientes de que el tema afectaba a un colectivo tan sensible como son los mayores y el mantenimiento de sus pensiones, además de la garantía para los más jóvenes de que el sistema era viable. Debo confesar que estaba bastante irritada —por decirlo finamente— por no haber podido cumplir un mandato que nos obligaba a todos los que formábamos parte de esa comisión parlamentaria.

Y ese era exclusivamente el tema que iba a tratar en mi intervención en el programa de Susanna, pero es que, además, recientemente se habían producido dos acontecimientos importantes: el congreso del PP, del que había salido como presidente Pablo Casado, y la convocatoria de nuevas elecciones generales, decidida por quien podía hacerlo, o sea, Pedro Sánchez, el presidente del Gobierno.

Me encaminé hacia el edificio de ampliación del Congreso, que es donde se encuentran las cabinas de los medios de comunicación y el set que utilizan las televisiones para lo que llaman un «dúplex», que no es más que una conexión con la cadena televisiva sin necesidad de desplazarte a los estudios. Mientras me dirigía al set, pensaba en los acontecimientos que he descrito y me preguntaba cuál iba a ser mi papel a partir de ese momento. No me gustaba cómo se estaba desarrollando la política en esa coyuntura, ese estilo que se había impuesto de ver quién ofendía más para conseguir más espacio en los informativos y las tertulias; ni la enorme presión que ejercían las redes sociales, en las que el insulto y la mentira eran armas cotidianas amparadas en el anonimato. Ya no se trataba de argumentar y buscar contradicciones en el contrario, la ironía, el sentido común. La elocuencia había desaparecido de los debates y yo no compartía esa forma de machacar al adversario.

Además, en el congreso de mi partido yo no había apoyado a Pablo, a pesar de ser amigo. Había una mujer en la que creía, y sigo creyendo, y podía ser una gran líder en el futuro. Se trata de Fátima Báñez, gran ministra de Empleo, mujer dialogante y

que tenía los valores del liderazgo. Lo primero que hizo Pablo Casado, tras convertirse en el líder, fue sacarme de la Comisión Permanente del Congreso, de la que había formado parte desde 1988, primero como suplente y más tarde como titular. Estaba claro que la depuración de los no amigos empezaba por mí. Y yo ya no tenía ganas de batallar por estar en unas listas donde no creía ni en el mensaje ni en el mensajero. Así que cuando, durante la entrevista, Susanna Griso me preguntó qué iba a hacer, le dije claramente que irme a mi casa y buscar nuevos horizontes.

Me preguntó si lo había consultado con alguien y le fui muy sincera: le contesté que no. Creo que las decisiones de este tipo hay que tomarlas solos. Ya me había equivocado cuando fui ministra, y no pensaba volver a hacerlo nunca más. Algunos me preguntaron por qué había dado la noticia en el programa de Susanna Griso y no en una rueda de prensa. Pues simplemente porque Susanna es amiga y yo colaboraba entonces de manera habitual con ella.

Fue en ese preciso instante cuando tomé la determinación de dejar la primera línea de la política e iniciar un nuevo recorrido para seguir mi camino en solitario. No me he planteado en ningún momento abandonar mis objetivos, pero sí seguir adelante desde un punto de vista más personal, sin formar parte de las estructuras de un partido en el que he sido miembro de los órganos ejecutivos durante tantos años. Los últimos cambios no se ajustaban al avance logrado para que el Partido Popular sea la formación que une diferentes sensibilidades, con las que se han sentido identificados millones de españoles. La estrategia adoptada por los nuevos dirigentes seguía un camino diferente al trazado, apartándose de la centralidad y de la moderación. Deshacer lo que tanto ha costado no me parecía la mejor forma de afrontar los tiempos difíciles a los que nos enfrentamos ante la nueva política.

Como dijo Aristóteles, el hombre es un animal político. Pero quizás el padre de la filosofía occidental no tuvo en cuenta el

papel de la mujer en política, mucho más apasionado, más intuitivo y más combativo que el de la mayoría de los hombres que han ocupado puestos de responsabilidad. En esos términos y con el objetivo de la eficacia he desarrollado mi carrera. No ha sido tarea fácil, y además mi trayectoria ha estado plagada de situaciones sobrevenidas ajenas a mi voluntad. Pero las circunstancias acontecen sin previo aviso y, ante ellas, hay que tomar las decisiones que en determinados momentos se considera que son las que corresponden.

Mi principal defecto ha sido siempre la sinceridad y lo voy a mantener siempre. Una actitud que me ha jugado en numerosas ocasiones malas pasadas, pero que también me ha permitido ejercer mi actividad pública con la conciencia bien tranquila. Sinceridad y voluntad son rasgos que me definen y han marcado siempre mi forma de actuar. También a la hora de decidir mi marcha.

Ante el duro reto que debía afrontar el PP tras la moción de censura y la marcha de Mariano Rajoy, era partidaria de otro escenario. Pero como no es a mí a quien le corresponde fijar la hoja de ruta, ni tampoco mis opiniones eran tenidas en cuenta por la nueva dirección decidí, como se dice ahora, dar un paso al lado.

Haber cumplido los setenta no me supone restar fuerzas a mi ímpetu combativo, por lo que quiero seguir siendo la Celia Villalobos de siempre. Expresarme sin tapujos, sin condicionantes y de forma clara para que todo el mundo me entienda, seguirá siendo mi objetivo principal. Un ejercicio de reflexión profunda es lo que pretendo a través de estas páginas. Aunque haya quien lo vea así, no es mi objetivo, en absoluto, denostar a mi partido, al que nunca voy a dejar de pertenecer, aunque sea como militante de base. Pero tampoco voy a silenciar todo aquello que considero que no contribuye a forjar una opción sensata para superar el reto de estos momentos cruciales para España.

UNA MOCIÓN DE CENSURA TRAUMÁTICA

Principios de junio de 2018. No había sido fácil, pero tras largas negociaciones el Gobierno había conseguido que se aprobaran los Presupuestos Generales para el 2018 y todo parecía indicar que la situación política iba a entrar en una fase de mayor estabilidad y calma.

Pero mientras Mariano Rajoy y su equipo negociaban un proyecto de país, otros venían negociando desde hacía meses un proyecto para Pedro Sánchez. Todo estaba atado, tan solo hacía falta que llegara el pretexto que iniciara todo.

Esta excusa llegó tan solo unos días después. El líder del PSOE aprovechó una sentencia judicial sobre el caso Gürtel para lograr lo que más ansiaba y que, a través del apoyo en las urnas, no era capaz de conseguir: ser presidente del Gobierno. Vio en la moción de censura contra Rajoy su oportunidad, por lo que no dudó en arriesgarse y lograr su objetivo.

En un principio, ni propios ni extraños confiaban en que prosperara esa estratagema de Sánchez, pero este se empleó a fondo en las negociaciones e hizo muchas promesas ocultas para lograr sus objetivos. Los de Podemos, los independentistas catalanes de ERC y el PDeCAT, los proetarras de Bildu, y también, Compromís y Nueva Canarias se sumaron a la propuesta, pero aún faltaban votos. Quedaba por convencer al PNV, que días atrás había dado su apoyo a los presupuestos del Estado con gran satisfacción por lo que había logrado para el País Vasco por parte del Gobierno de Rajoy. Las cosas se fueron complicando al tiempo que las promesas de Pedro Sánchez iban *in crescendo*. También intentó que se sumara Ciudadanos, con el compromiso de que si votaban la moción convocaría elecciones anticipadas, que era lo que Albert Rivera quería, pero no fijaba plazos.

Sánchez no logró convencer a los de C's, pero sí se hizo con los cinco votos de los diputados del PNV, que se escudaron en la situación en Cataluña para dar la puntilla al PP, con el que

siempre mantuvieron un grado de colaboración muy fructífera. Los nacionalistas se comportaron como es su naturaleza, un escorpión que nunca deja de serlo.

Fue una situación muy traumática para el PP y para quienes nos sentimos profundamente demócratas y consideramos que los Gobiernos se logran a través del apoyo de los ciudadanos, no por el mercadeo partidista. Ese viernes por la mañana, Mariano Rajoy y los miembros de su Gobierno entraban al hemiciclo como presidente y ministros y salían como diputados de a pie. Una situación difícil de digerir, más aún cuando era la primera vez que una iniciativa de este tipo se aprobaba en la historia de la democracia.

La intervención de Mariano Rajoy fue muy emotiva; desde la tribuna expresó: «La moción de censura saldrá adelante, por lo que Pedro Sánchez será presidente. Quiero ser el primero en felicitarle. Como demócrata aceptaré el resultado de esta votación. Ha sido un honor ser presidente y un honor dejar a España mejor de lo que la encontré». Fue un capítulo de los más duros que he vivido como diputada popular, especialmente por la injusticia que se cometía con Rajoy. Tras la votación, el pasillo se llenó de diputados del PP con cara de derrota y de tristeza, mientras los de Podemos aprovecharon para gritar su «¡Sí se puede!», incluso en el interior del hemiciclo. Al fin y al cabo, su líder había sido el principal negociador con independentistas y proetarras para sacar adelante la moción y echar a la derecha del poder. Solo eso les unió; luego fueron incapaces de sacar unos presupuestos.

A nadie se le escapa que entre las filas populares se abría una etapa incierta, después de que entre 2011 y 2015 se hubiera podido gobernar holgadamente, con mayoría absoluta, avanzado notablemente en las reformas que permitieron afrontar una de las mayores crisis económicas de la historia reciente y que, gracias al empeño del Gobierno que presidía Mariano Rajoy, salvó a España del rescate de la Unión Europea (UE). Un rescate que hubiera

sido nefasto para nuestro país y que hubiera recaído en los sectores más vulnerables. Eso sí es luchar por los pensionistas, por los parados, por la «gente», como hablan aquellos que dogmatizan. Pero ese enorme logro ya se había olvidado y a Pedro Sánchez le primaba, por encima de todo, su ambición personal inalcanzada.

El líder socialista era el único presidente del Gobierno que ni siquiera tenía escaño en el Congreso, por haber dimitido como diputado al no prosperar su opción del «no es no» para permitir que Rajoy fuera presidente tras ganar las elecciones. Parémonos un momento en la altura de la frase «no es no», de una simplicidad definitoria.

Sánchez lograba su objetivo, mediante moción de censura, tras haber fracasado como candidato en dos elecciones generales, logrando los peores resultados del PSOE. Se afrontaba lo que quedaba de legislatura en una situación ciertamente complicada, con ocho partidos diferentes que la habían propiciado. Sánchez lograba ser presidente, pero del Gobierno más débil de la democracia, con el menor número de escaños propios. Cada una de sus decisiones iba a necesitar pactos cruzados si quería que prosperara. Además, tenía que hacer frente a un Senado con mayoría absoluta del PP, lo que podía retrasar y dificultar las iniciativas que consiguiera sacar adelante en el Congreso.

Por si fuera poco, también la Mesa del Congreso tenía mayoría del PP y de Ciudadanos, además de tener una presidenta del Parlamento, Ana Pastor, del Partido Popular. Se daba la situación de que, por primera vez en España, el partido que iba a gobernar tenía menos diputados que el principal grupo de la oposición. Nunca había habido un cambio de color del Gobierno en mitad de la legislatura y de forma tan sorprendente, en solo una semana.

En las tertulias en que participé tras la moción y en declaraciones a la prensa expresé claramente que consideraba que se trataba de un Gobierno ilegítimo, que no ilegal, pues una moción de censura es un instrumento constitucional al que los gru-

pos parlamentarios pueden recurrir. Lo que no es tan legítimo, que no ilegal, es hacerse con el poder gracias al mercadeo con unos y con otros, y llegar a un Gobierno en una situación tan acuciante de debilidad que difícilmente iba a facilitar una gestión eficaz para sacar adelante España, más en momentos delicados económicamente y con el asunto catalán sin resolver.

Esa moción de censura enfrentaba a los partidos, no solo al PP, a situaciones de incertidumbre y a un cambio de planes no previsto. Está claro que el PP, despojado del Gobierno, y ya sin Rajoy, era el que más había de sufrir las consecuencias, como luego hemos visto al pasar electoralmente de tener 137 escaños en el Congreso a 66, y luego, a 89. Pero también C's salió malparado con la moción, ya que Rivera se veía como posible ganador en una convocatoria electoral, según le pronosticaban las encuestas, y presentía esa oportunidad perdida. Luego ni tan siquiera consiguió quedar por delante del PP en el 28-A, para acabar como ya sabemos tras las elecciones de noviembre de 2019. Por su parte, Pablo Iglesias intentó recalcularse su destino y situarse como el monaguillo de un nuevo Gobierno de izquierdas. Así siguió incluso tras las elecciones del 28-A, en las que logró un resultado mucho peor que en las anteriores, un balance negativo incrementado nuevamente tras los comicios del 10 de noviembre, con el añadido de la irrupción de Errejón y el abandono de las confluencias para acabar de restar fuerza a este sector de la izquierda.

En definitiva, ¡qué moción la de aquel día! Y qué amargas consecuencias generó sobre todo en mi partido, obligado a realizar una travesía en el desierto con pocos oasis a la vista. Sánchez anunció que agotaría la legislatura y que sobre 2020 convocaría elecciones. La situación no le permitió llegar tan lejos, y con el viento de cara, al menos en las encuestas, convocó las elecciones anticipadas para el 28 de abril de 2019. Su pírrica victoria, sobre la que me extenderé más adelante, también fue motivo de dificultades para lograr ser investido presidente. Y como ese

era su único objetivo, Pedro Sánchez no tuvo problema: convocó otras elecciones, para finalmente ver cómo empeoraban sus resultados y acabar abrazando sin vergüenza lo que antes no le dejaba dormir.

Echaron a Mariano Rajoy y su Gobierno legítimo para tener al país más de un año en la interinidad y, poco después, acabar en un Ejecutivo junto con los populistas y con el beneplácito de los independentistas. Todo por la ineficacia de unos líderes políticos que demuestran no estar a la altura de las circunstancias.

MI APUESTA POR SORAYA Y FÁTIMA

La moción de censura perdida y el paso del Gobierno a la oposición llevaron a Mariano Rajoy a dimitir de todos sus cargos en el PP, incluso a dejar su escaño de diputado. Una decisión radical, que no todos compartieron en el partido, y que motivó la convocatoria de un congreso del Partido Popular, con unas primarias para dirimir quién iba a estar al frente en el futuro. Rajoy, a diferencia de lo que se había hecho hasta el momento, se apartó de la pugna y dejó la decisión en manos de los militantes, en una primera fase, y de los compromisarios, después. Las primarias se convocaron con seis candidatos, y a mí me entristeció tener que elegir. No era lo que quería, y nunca creí que fuera lo que necesitábamos en ese momento.

La primera junta directiva tras la moción fue una sesión muy emotiva. Nos tuvimos que reunir en una sala de hotel porque en la habitual de Génova 13 no cabíamos, para llevar a cabo un encuentro que debía servir para despedir al presidente y preparar el congreso. Sin embargo, allí empezaron a pedir la palabra algunos para expresar su voluntad de presentarse a la presidencia del partido. Yo veía por dónde estaba yendo aquello, así que pedí la palabra; algo tenía que decir. Recuerdo que hablé con sinceridad, tal y como me sentía:

No pueden ganar los malos, no puede ser. Llevo muchos años en este partido y en el Ejecutivo, como muchos de los compañeros que hoy nos acompañan, y sabemos lo que es enfrentarnos a un congreso. Y yo, por encima de todo, presidente, a todos mis compañeros, porque he vivido de todo, les pido unidad.

Les pido que no ganen ellos, les pido que seamos capaces de volver a conquistar, para España, un Gobierno que es el único capaz de sacar a España de las crisis a las que nos ha llevado la izquierda.

Me siento profundamente orgullosa, y vengo de la izquierda, de formar parte del Partido Popular. Porque estoy en el partido más progresista, en el partido que más se preocupa por los ciudadanos, en el partido más honrado... y por lo tanto, mi orgullo, presidente, llévatelo.

Se filtró aquella intervención porque, a pesar de ser a puerta cerrada, alguien estuvo grabando. Para poder transcribirla la he escuchado, y he podido reconocer la emoción detrás de cada palabra. La rabia y la pena porque mi partido se pudiera romper con un congreso cainita donde las ambiciones de algunos y el deseo de venganza de otros estuvieran por encima de un proyecto común.

Yo no creía en la capacidad de la hasta entonces secretaria general, María Dolores de Cospedal, para ser presidenta. Respecto a Pablo Casado consideré que no era su momento, que se había adelantado en el tiempo en la carrera para presidir el partido. Así se lo hice saber personalmente cuando me llamó para pedirme que le apoyara. Le comenté que era bueno para el partido, en momentos difíciles como los que nos encontrábamos, sumar esfuerzos para afrontar con posibilidades de éxito las situaciones que se nos iban a presentar. Sobra decir que no tuvo en cuenta mis recomendaciones.

La tercera en discordia fue Soraya Sáenz de Santamaría. Había sido la vicepresidenta del Gobierno, con relevantes competencias y enorme capacidad para ejercer su trabajo. Fue

mi apuesta y me volqué para lograr que Soraya, una mujer, pudiera alzarse con la victoria en las primarias. Tuve muy clara mi decisión desde el momento en que la exministra Fátima Báñez se incorporó al equipo de Sáenz de Santamaría con un papel muy destacado. Considero a Fátima una de las mejores políticas que ha tenido el PP. Es una lamentable pérdida para el partido que haya dejado también sus cargos y actividades, tras no contar con ella la nueva dirección, por mucho que el nuevo equipo lo niegue.

También me sumé a la candidatura de Soraya porque realmente la considero una mujer de centro, razonable y con gran dominio de la escena política con contenido. Lo demostró en su etapa de vicepresidenta y cuando ejerció de portavoz del grupo parlamentario popular, antes de que se ganaran las elecciones generales de 2011. Además, vi en la oportunidad de que ganara Soraya la opción que permitía una mayor posibilidad de que en España tuviéramos, de una vez, una presidenta del Gobierno. Aunque claro, primero había que ganar el congreso y luego unas elecciones.

Transcurrieron varios días entre la presentación de los candidatos y el congreso, teniendo en cuenta que, según los estatutos del partido, las primarias se realizan en dos etapas. La primera, en la que vota la militancia, que realiza una criba inicial de la que salen dos candidatos, y una segunda, en la que votan los compromisarios del congreso, que se eligen de forma proporcional al número de militantes de cada provincia, y generalmente, acaban siendo los cargos políticos de cada una de estas, alcaldes, concejales y, sobre todo, el «aparato» provincial, que controla el presidente de cada provincia.

Se presentaban seis candidatos, pero realmente la batalla era entre los tres que he nombrado.

Fue la primera vez que se realizaba este procedimiento de elección de presidente. Un método que ya dije que no era el que más me convenía.

Hay una realidad que he vivido ya en varias ocasiones en mi propio partido, y en otros, también. Cuando se va a producir un cambio de liderazgo provocado por una situación crítica, normalmente relacionado con malos resultados electorales o la pérdida del Gobierno, que provoca la dimisión del presidente del partido, en el caso del PP, o del secretario general, en el caso del PSOE, hay una cierta rebelión contra la dirección nacional del correspondiente partido. Esto supone un plus para el candidato que la militancia entiende que representa esa desafección, y juega en contra del candidato que pueda estar posicionado como cómplice en esa debacle que se ha producido. Yo lo he resumido como «Todos contra Madrid».

Así sucedió en el congreso que ganó Antonio Hernández Mancha, en febrero de 1987, al igual que en el proceso de primarias que convirtió, por segunda vez, en secretario general del PSOE a Pedro Sánchez, en 2017.

El Partido Socialista decidió un camino de elección de liderazgo que después hemos seguido otros. La presión mediática ha sido muy intensa cada vez que se convocaba un congreso para elegir al líder. La acusación de falta de democracia interna en los partidos es un mantra que durante años he oído de forma machacona. Al final esto ha obligado a los partidos a buscar fórmulas que demostraran que son los que más democracia tienen, y a estas alturas me pregunto a quién exactamente se lo tienen que demostrar.

El PP, con una militancia de aproximadamente 800.000 militantes, según sus propias cifras, decidió que iba a ser el más democrático proponiendo, como acabamos de señalar, unas primarias a dos vueltas. Antes, la elección la llevaba a cabo una Junta Directiva de más de 600 militantes que, a su vez, representaban al conjunto de toda la militancia.

¿Es que estoy defendiendo volver al anterior sistema? En absoluto. Lo que defiendo es que si decidimos ir a unas primarias, estas deberían ser de los votantes. No considero adecua-

do que en un partido como el PP, que ha llegado a tener once millones de votos, su líder sea elegido solo por doscientas o trescientas mil personas. Por lo tanto, apuesto por una fórmula más parecida a la que usan los norteamericanos o los franceses, que son mucho más competitivos. No creo en sanedrines, ni en las votaciones controladas por los cargos de un partido. Esas no son, a mi entender, primarias.

Estos dos asuntos descritos influyeron de manera muy importante en lo que ocurrió en el último congreso de mi partido.

Pablo Casado supo representar muy bien el sentimiento de rabia y añoranza por la pérdida del Gobierno que afloraba en muchos aquellas semanas, y cosechó buenos resultados, aunque no ganó en la primera vuelta. La militancia apoyó a Soraya, quedando él segundo. En la siguiente fase, la votación de compromisarios buscó un mensaje muy a la derecha y no muy alejado de esa apelación sentimental.

El resultado ya es sabido; los que apostamos por Sáenz de Santamaría fuimos el caballo perdedor. Soraya ganó el voto de los militantes, que perdió María Dolores de Cospedal. Muchos no creían en esa posible victoria de Soraya, menos aún cuando no tenía un control importante del partido, como sí lo ostentaba Cospedal, puesto que esta última era hasta el momento la secretaria general, lo que suponía jugar con cierta ventaja. La máxima preocupación de María Dolores era que Soraya ganara el congreso y se situara como presidenta del partido. Había expresado con cierta frecuencia en círculos periodísticos, políticos y en ámbitos de influencia que más que ser ella la sucesora de Rajoy, lo que le preocupaba es que llegara a serlo la exvicepresidenta del Gobierno.

Esa actitud la dejó bien clara en el momento en que perdió la primera vuelta de las primarias, la de los militantes. Puso todo su empeño y todos sus apoyos al servicio de Pablo Casado, que había quedado en segundo lugar y era el que se iba a disputar con Soraya el voto de los compromisarios en el congreso del

partido. Cospedal incluso sumó para Casado todos los apoyos que pudo de exmiembros del Gobierno, hecho que escenificó mediáticamente para que los compromisarios tuvieran constancia de quién acumulaba más apoyos importantes. No obstante, las peleas en la campaña, al menos las que salieron a la luz, fueron las justas, porque las zancadillas internas siempre se dan por debajo sin que trasciendan más allá de donde realmente interesa.

Una de las obras clásicas de Tirso de Molina, *La prudencia en la mujer*, pone estas palabras en boca de la reina María de Molina: «... pero lo que el reino abrasa, / Hijo, es la guerra interior / que no hay contrario mayor / que el enemigo de casa».

Esta lucha efectivamente nos abrasó.

En el congreso, las intervenciones de los dos finalistas no pudieron ser más diferentes. Soraya, desde mi punto de vista, pronunció un discurso excesivamente gubernamental, mientras que Casado hizo lo que calificaría de un gran mitin. ¿Para ganar unas elecciones generales? No. ¿Para ganar el congreso? Sí.

Tras las dos intervenciones, voté y llamé a Pedro, mi marido: «Oye, invítame a comer que yo salgo ya de aquí», le dije. «¿Por qué?», me preguntó él. «Porque lo vamos a perder y yo ya no tengo cuerpo para estas cosas.»

Mi resumen de cómo se desarrollaron las primarias es el siguiente: hubo una «campaña», que fue la de Pablo Casado, una «no campaña», la de Soraya Sáenz de Santamaría, y una «no nada», que fue la de María Dolores de Cospedal.

Considero, lamentablemente, que las personas que ayudaron a Soraya en la campaña pecaron de excesiva cautela y reservas, frente a una gran organización que no escatimó recursos, por parte de quienes estuvieron al frente de la que desarrolló Pablo Casado.

Y hablando de prudencia, como la que tuvo Soraya, parece que las cautelosas, las moderadas, debemos ser siempre las mujeres. Aunque no es mi caso. Como he demostrado a lo largo de mi vida política, sin detenerme a calibrar las consecuencias, la prudencia no ha sido mi hoja de ruta. Creo que hace falta —y así lo he hecho— ejercerla en situaciones determinadas, en momentos muy concretos y necesarios. Pero si te dejas llevar por esa actitud de reserva pierdes la gran oportunidad que pasa por tu puerta solo una vez, y eso es algo que hay que saber aprovechar para lograr tus objetivos.

Casado, en cambio, jugó muy bien la baza de los medios de comunicación. Hizo del joven que acaba de llegar y que no tiene nada que ver con lo que ha pasado anteriormente en el partido. Olvidó por completo, o al menos pretendió que nadie se acordara, que había sido el mismo Mariano Rajoy quien lo había situado en la dirección del PP, con un cargo de gran relevancia mediática y que él supo aprovechar bien para darse a conocer.

El caso es que ganó el congreso y se comprometió a hacer un ejercicio de integración. Realmente cumplió su palabra al integrar en la dirección del partido a todos los que lo habían apoyado y al prescindir de quienes no lo habían hecho. Esa fue su forma de actuar desde el principio, sin tener en cuenta la capacidad, la experiencia o los valores de dirigentes del PP que no estuvieron en su campaña. La misma dinámica se impuso en la elaboración de las listas para las elecciones generales, autonómicas, locales y europeas. Integración de los míos, exclusión de los demás. Al cumplirse un año de las primarias, culminó su obra con una nueva ejecutiva, en la que se borró toda la huella de quienes apostaron por Soraya y de los que formaron equipo con Rajoy, dejando, si acaso, algún nombre conocido cercano como «comodín».

En contra de la opinión de los dirigentes territoriales —los llamados barones—, Casado nombró como portavoz del grupo parlamentario a Cayetana Álvarez de Toledo. Sin cuestionar su

capacidad dialéctica, Cayetana se alejó del PP de Rajoy con innumerables críticas al expresidente, a la actuación del Gobierno y cuestionando al detalle la gestión del Ejecutivo. Según ella, el PP de Rajoy era un partido sin convicción, sin coraje, que había abandonado la política. Y este había estado al frente de un Gobierno que había abdicado de su responsabilidad constitucional al permitir que en los mástiles de Cataluña colgaran *esteladas* y se reforzara el independentismo. Sus críticas fueron feroces, y como anunció en su despedida de un partido blando, seguiría trabajando en la sombra, es decir, en FAES.

El nuevo presidente del PP la recuperó para encabezar la lista del partido por la circunscripción de Barcelona, para las generales del 28-A. Entonces la calificó como el «Messi» de la política. Erró en su pronóstico, porque los goles fueron bien pocos. La periodista logró en abril encajar un solo diputado para todo el PP catalán, el peor resultado de la historia del PP en un momento en que la representación popular en Cataluña era más que trascendente. Un discurso provocador, alejado del centro y de la moderación, convenció a pocos catalanes y sumió allí al partido en una desolación sin precedentes.

Y así, nos encontramos con esta paradoja. Aquella que se fue muy digna denunciando la flojera de Rajoy, y a la que se le dio la oportunidad de demostrar que su posición era la necesaria en Cataluña, hizo que, mientras aquel al que acusaba de haber abandonado a los antiindependentistas lograba en Cataluña seis diputados al Congreso, ella sacara solo uno en abril, y nada más que dos en las elecciones del 10-N de 2019.

Pero esa peculiar integración de Casado no me preocupó por mi situación personal, en absoluto, sino porque me parece que es un retroceso de tantos años y el apartamiento de tanta gente que hemos trabajado para hacer un PP más transversal, más abierto y en el que tuvieran cabida diferentes sensibilidades. En realidad, habíamos construido entre muchas y muchos una opción de centroderecha que ahora perdía el rumbo cen-

trista y, en mi opinión, empequeñecía unas siglas que se habían constituido como un partido aglutinador y no excluyente.

Esa posición del principio pareció transmutarse tras las elecciones de abril de 2018, de las que algo hablaré a continuación. Es una lástima que la debacle del 28-A fuera el motivo de ese cambio.

LAS ELECCIONES DEL 28-A, EL BATACAZO DEL PP

Durante la campaña de aquellas generales, me preocupó la excesiva derechización de Pablo Casado, y así lo dejé claro en todas mis intervenciones en los medios de comunicación. También expresé que no era bueno para el partido que se utilizara un lenguaje de campaña muy negativo, que no se transmitieran mensajes en positivo. No percibí en ningún momento un discurso ilusionante que atrajera a los votantes hacia el PP. Además, se abusó del tema catalán, cuando a los españoles hay otros muchos asuntos que les preocupan, como es el desempleo, la situación de la economía, la sanidad o la educación.

En pocas campañas, como la de aquellas elecciones generales, se habló tan poco de las propuestas programáticas. No me gustó nada esa decisión, ni la del PP ni la de los otros, pero vaticiné, con gran preocupación, unos catastróficos resultados para mi partido. Se dio un gran protagonismo a Vox, partido sobre el que pivotaron buena parte de los mítines, y eso benefició al PSOE, que sacó provecho al usar la táctica del miedo a la extrema derecha. ¿Recuerdan el famoso vídeo electoral del PSOE con un dóberman en la campaña de las generales de 1996? La izquierda siempre ha querido dibujar a la derecha como una sombra negra, intolerante e injusta. Una derecha retrógrada y autoritaria. En aquellas elecciones, el miedo de los socialistas a una victoria del Partido Popular tras trece años en el poder era patente, y no se cortaron en escenificar esa

derecha en un vídeo que reflejaba muy bien la propaganda que se destila en los argumentarios de los políticos y medios de la izquierda. A pesar de esa campaña, la derecha ganó y demostró que no había nada de aquello.

Pues bien, con el auge de Vox, la izquierda ya tenía en 2018 su ocasión para volver a la estrategia del miedo.

Desde el PP se temió una fuga importante de votos a Vox, pero yo sigo creyendo que son dos organizaciones políticas que no tienen nada en común. Al menos, nada que ver con el partido por el que yo tanto he trabajado. En lugar de tender la mano a Vox, como hizo Casado en el último mitin, yo habría pedido a la gente que a la hora de votar pensara con la cabeza, no con las entrañas. El PP se quedó en aquella campaña en un papel irrelevante.

¿Dónde hay que situar las responsabilidades? El principal causante de la situación, por supuesto, fue Pablo Casado, que era quien se presentaba como candidato. Y no tiene sentido echar la culpa a los demás o a quien ya no ocupa ningún cargo en el partido. Más aún cuando han intentado borrar la huella de los equipos de Mariano Rajoy. En su lugar, encabezaron las listas con fichajes que no sabría si definir como estrella o estrellados: se prefirió a periodistas, toreros y deportistas para atraer a los votantes, mientras se dejaba en la cuneta a brillantes políticos que habían demostrado sobradamente su gran capacidad de gestión.

El día de aquellas elecciones, el domingo 28 de abril, me fui a votar a Málaga, porque sigo empadronada allí, y cuando regresé a Madrid me desplazé a Antena 3 Televisión para participar en una tertulia. Empecé el programa con una intuición muy negativa, que se confirmó en cuanto se supieron los resultados. El resto de los contertulios, de diferente cuña política, me provocaban para que me despachara a gusto contra el PP, algo que no consiguieron porque soy respetuosa con mi partido, que siempre lo será. Pero no por ello dejé de opinar lo que real-

mente consideraba, ni de valorar los que, a mi entender, fueron graves errores de estrategia que nos llevaron a esos resultados.

El abandono del centro, que significa moderación y sentido común, y la falta de un mensaje claro para los votantes del PP provocaron los peores resultados de la historia para el partido. Los votos de centro, más de un millón, se fueron a C's, lo que demostró el fracaso de no haber tenido un sentido de estrategia claro. Era la primera campaña, desde 1986, que vivía desde fuera, porque siempre había sido candidata, así que pude detectar claramente que hubo graves errores y una planificación equivocada, prácticamente inexistente. Uno de los problemas que vi en la campaña es que el candidato, Casado, criticara a Rajoy de manera permanente y después pretendiera vender los buenos resultados del Gobierno que presidía. Esta contradicción tan brutal dejó descolocados a los votantes, que se fueron a otro lado.

La del 28-A fue realmente una noche muy triste. Además, la travesía del desierto que le tocaba vivir al PP tras unos resultados tan negativos sería también muy dura. Hace falta un equipo bien compactado, con las ideas muy claras, para superar momentos tan difíciles tras un estrepitoso fracaso electoral.

Por otro lado, la verdad es que tampoco entendí el protagonismo de José María Aznar en esa campaña. Él, que fue el artífice del camino al centro del PP, e incluso tiró de mí en numerosas elecciones para atraer a un votante más progresista, se ha mostrado en épocas más recientes con un perfil excesivamente conservador e incluso intolerante. No sé si entonces, cuando yo le conocí, Aznar era tan de derechas como se muestra ahora. Pero está claro que le convencieron entonces de que el viaje al centro era la única posibilidad para ganar unas elecciones generales y gobernar España, y se guió por esa estrategia.

Todos recordamos su actitud con los partidos catalanes y que, tras ganar las primeras elecciones generales, en 1996, pasó a hablar catalán en la intimidad. Pero quizás ha sufrido una mutación y se ha convertido en esa persona tan derechizada,

como se muestra actualmente. Es algo que realmente no sé, ni lo entiendo.

No reconozco ahora al Aznar que logró llevar al PP al Gobierno en 1996, ni al autor de aquel libro, *España. La segunda transición* (Espasa, Madrid, 1994). Recuerdo que aquel trabajo literario suyo fue bastante criticado, algo lógico cuando el autor se encaminaba a poner fin a muchos años de hegemónico poder socialista. Salí en su defensa en un artículo que se publicó en diciembre de aquel año en la revista *Cambio 16*. Reproduzco algunas de las ideas que expresé entonces, porque reflejan lo que ha sido y no lo que representa ahora:

Alguien ha dicho de este libro que contiene ideas que suscribe la mayor parte de la gente y, ¿hay acaso mejor mensaje para dar a los españoles que este, el del sentido común? Aznar es un político, no un intelectual ni un escritor. Él pretende vender otra cosa: la imagen de una España que empiece, de una vez, a funcionar con voluntad integradora con un Estado autonómico plural en libertad. España necesita una nueva transición, porque hemos hecho país entre todos, sin mesianismos, a base de sencillez, de honestidad y eficacia.

¡Cuánta nostalgia de aquellos momentos de ilusión y esperanza! Voy a hacer como Verstrynge, y utilizaré el título de una canción que recordar a aquel Aznar me sugiere: «¡Ay, cómo hemos cambiado!».

En esa campaña, sobre todo me dolía escuchar algunas declaraciones de aquellos que enarbolan la bandera de los valores del partido. El cúmulo de reproches que se vertió sobre Rajoy, además de injusto, no hizo más que dividir el voto y ahuyentar a quienes dudaban sobre mantener su apoyo al PP.

No deja de resultar paradójico que entre las voces más críticas estuvieran las de Esperanza Aguirre y José María Aznar. Ambos han visto cómo personas muy cercanas, y de su época

de gestión, han estado implicadas en los casos de corrupción que tanto daño han hecho al partido. Pero al final se ha dado la patada en el trasero de Mariano Rajoy, en lugar de recibirla quienes realmente se la merecían.

Tras aquellas elecciones hubo mucha gente realmente preocupada que tuvo responsabilidades en el PP. En primer lugar, se confeccionaron unas listas electorales pisando todos los callos a los responsables territoriales del partido. Se impusieron nombres que, en términos generales, poco aportaron. Además, los resultados de las municipales, autonómicas y europeas del 26 de mayo de 2019 tampoco fueron positivos para el PP. Uno no se puede sentir satisfecho tan solo por la coyuntura que ha permitido gobernar en aquellos lugares donde durante años lo han hecho los populares. No hay que cobijarse en un mal menor, más aún cuando el partido prácticamente ha desaparecido en territorios como Cataluña y, cuantitativamente, los apoyos se han diezmado.

No veo ni deseo una trayectoria del PP similar a la de la UCD, en el sentido de que vaya encaminado a la desaparición. La Unión de Centro Democrático fue un conglomerado de pequeños grupitos, que se presentaron desde arriba a unas elecciones. El PP nace desde abajo, por lo que tiene unas bases muy sólidas que no se pueden destrozarse. Por eso vi con mucha preocupación la irritación del partido en toda España, al imponer unos candidatos que, en lugar de sumar, lograron unos resultados ridículos. Además de la estrategia —más bien la falta de ella— equivocada, prescindieron de personas muy queridas en el partido, con una trayectoria eficaz, por lo que generaron una animadversión considerable que se tradujo en falta de apoyos.

Lo que no puede ser es lo del pensamiento único, que está más que demostrado que en los partidos no funciona. Allí donde pueda voy a seguir defendiendo mis siglas, porque creo en ellas, y a continuar por el camino del centro que hace años emprendimos.

GENERALES DEL 10 DE NOVIEMBRE, LAS ELECCIONES QUE QUISO SÁNCHEZ

En las elecciones generales del 28 de abril de 2019 no triunfó nadie, ningún partido. Los únicos que realmente pudieron decir que lograron unos resultados espectaculares son los de ERC. Que el gran triunfo se atribuyera al PSOE, con 123 diputados, me pareció fuera de lugar. Pero el Partido Socialista vende las cosas mejor que nadie, tienen una gran habilidad para colocar sus mensajes y ocultar sus fallos.

Lo cierto es que el mejor Sánchez no logró siquiera los resultados del peor Rajoy. Sus escaños constituyeron una victoria porque la siguiente fuerza, el PP, logró tan solo 66. Dicho de otro modo: el mayor triunfo de Sánchez fue el fracaso de Casado.

Y tras ello asistimos a una representación teatral entre Sánchez e Iglesias para intentar llegar a un acuerdo y formar Gobierno, cuando estaba claro que todo ese paripé iba a acabar como acabó. El principal responsable de la situación, Pedro Sánchez, que es quien tenía la responsabilidad de formar Gobierno, repartió culpas a diestra y siniestra, antes de lavarse las manos como si la cosa no fuera con él. Llevó al país a otras elecciones porque creía que le serían propicias y las convocó casi ordenando al pueblo español a hablar más claro, es decir, a votarle en masa.

En aquella rueda de prensa en la que anunció los nuevos comicios, y donde no se cortó en hacer campaña desde el atril de la Moncloa, parecía entreverse que su plan desde un principio no era otro que sacar de nuevo las urnas a la calle con la esperanza de obtener un mejor resultado y solicitar la abstención del PP.

En aquella convocatoria electoral, y tras el derrumbe del partido en la anterior, Pablo Casado fijó otro rumbo: presentarse como una formación moderada y experimentada en la gestión, un partido más centrado y abierto. En otras palabras, quiso dejar

de imitar a Vox, porque ante la copia, uno siempre se irá al original. Hay que tener presente que los votantes que apoyan las posturas de un extremo ideológico nunca llegarán a ser los diez millones de personas que deciden quién gobernará España. El Partido Popular ha ganado cuando se ha dirigido a muchos y no a unos pocos, con un mensaje al gusto de doctrinarios. Esa postura tan ideologizada empequeñece al partido, a pesar de que, en tiempos tan polarizados como estos, las opciones más extremas encuentren hueco en el electorado.

En las listas para el 10-N se incorporó en puestos de mayor relevancia a algún nombre de los pocos que quedaban del equipo de Rajoy, se moderó el mensaje y se buscó el posicionamiento de centroderecha, que siempre ha sido el del PP. Un propósito de enmienda que, supongo, empezó la noche del 28-A: alejarse del aguirrismo y volver al arriolismo. Quién lo iba a decir.

En las elecciones que quiso Pedro Sánchez, las cosas no hicieron sino empeorar. El PSOE perdió más de 760.000 votos, lo que se tradujo en tres escaños menos. Su cara la misma noche electoral reflejaba la frustración que le produjo que los españoles no le hubieran hecho caso y no hubieran dicho aún más claro lo que él esperaba. La jugada le salió mal, y esa misma noche declaró: «Sí o sí vamos a conseguir un Gobierno progresista».

Cuando el político del «no es no» pronuncia un «sí o sí», nos podemos echar todos a temblar.

El PP recuperó apoyos, algo más de 640.000 votos, que se tradujeron en 23 escaños más, hasta los 89. Con tan solo cinco millones de apoyos se hace muy difícil levantar las campanas al vuelo. El recorrido de mejora es grande; el camino, difícil en un escenario donde la confrontación y los extremismos ganan distancia. Pero solo la vía de la moderación y el sentido común situarán otra vez en el Gobierno al Partido Popular.

Los resultados de aquella noche arrojaban una oportunidad que ya se había intentado: pergeñar una gran coalición. Era di-

fácil, más si cabe con los partidos de ambos extremos, que aprovecharían la oportunidad para ejercer una dura oposición. En el 2016 Mariano Rajoy lo ofreció, de manera honesta, y seguro de que era lo que el país necesitaba. Un gobierno de coalición que afrontara los populismos, las tensiones territoriales y todos los cambios que quedaban por acometer. Reformas estructurales que requieren de amplios apoyos que aseguren su continuidad. Pero con Pedro Sánchez no era posible: con el Partido Popular no se sentaría ni siquiera a dialogar.

En esta ocasión no iba a ser diferente, y desde la misma noche del 10 de noviembre se desdijo de todo aquello que había afirmado semanas atrás. Aquellos que le suponían noches de insomnio a él y a millones de españoles pasaban a convertirse en los compañeros perfectos para un proyecto ilusionante.

Y como en el «sí o sí» venía implícito saltarse cualquier reparo, no tuvo problema en sentarse a negociar con independentistas, con Bildu y con quien fuera, menos con el PP, por supuesto.

Solo así logró alcanzar Sánchez la presidencia del Gobierno, en coalición con los que él mismo llamaba el populismo y con el apoyo de quienes ven en la debilidad del Ejecutivo y los pocos escrúpulos de quien lo preside, la oportunidad de conseguir un referéndum de autodeterminación.

Las prisas para el abrazo de la coalición en menos de dos días de las elecciones no dejaron de llamar la atención. Pero es que había que correr: en muy poco tiempo salía la sentencia de los ERE de Andalucía, mira qué casualidad, justo después de las elecciones. Y los que se arrogaron la imperiosa necesidad de echar a un gobierno legítimo como el de Mariano Rajoy, a raíz de un párrafo en la sentencia de la Gürtel de un magistrado al que han apartado en el juicio sobre Bárcenas por su clara falta de independencia, se quitan de encima una sentencia condenatoria como la de los ERE como si no pasara nada. Y firman con Podemos, pese a las informaciones cada vez más preocupantes sobre su financiación, sin problema. Y acuerdan encan-

tados con el PNV, tras salir una demoledora sentencia contra altos cargos de la formación vasca por corrupción. Y se sienta a negociar con los secesionistas y herederos de ETA que todavía no han pedido perdón como lo más normal del mundo. Esa ha sido su elección, por supuesto tenía todo el derecho y la potestad de hacer lo que considerara necesario para formar un Gobierno estable. Pero no hay decisión que no tenga consecuencias. Toca gobernar, y en un Ejecutivo donde el presidente y el vicepresidente se miran de reojo, ¿será posible llegar a acuerdos? Los consejos de ministros son muy complicados, hay mucho detrás de cada ley, de cada acuerdo.

¿Un Congreso que ha elegido al presidente del Gobierno por dos votos de diferencia podrá aprobar leyes? Quizás el señor Sánchez tenga en su manual de resistencia las claves para resolver lo imposible, pero esto no va de sobrevivir personalmente, va de gobernar un país.

No seré yo la que haga un perfil de Pedro Sánchez, no lo conozco lo suficiente ni diría nada que no se haya ya escrito. Pero me impresiona el cinismo y la ambición sin límites de este hombre. Con la sinceridad y claridad que me caracteriza, una vez, interpelada por los periodistas sobre Sánchez, dije, literalmente: «A Pedro Sánchez solo le importa su culo».

Y es que esa es mi impresión del actual dirigente del PSOE. Eso le permite, sin que le cambie el gesto, llegar a la Moncloa gracias a los independentistas y luego ir envuelto en la bandera española porque llegan unas elecciones. Con su gesto impostado, que muda en irritación ante cualquier contrariedad, se mueve a golpe de asesoramiento con una sola obsesión, poder seguir paseándose por los jardines de la Moncloa «con ese “tumbao” que tienen los guapos al caminar».

También se va a medir la oposición en esta legislatura. Y yo, tras escuchar las intervenciones de los nuevos líderes de mi partido en el debate de investidura de 2020, sigo echando de menos un discurso basado en el sentido común, con un lengua-

je irónico y tranquilo, que resalte las contradicciones internas del contrario y no se base en la ofensa personal y la exaltación radical. Para eso ya hay un partido en la Cámara, y como ya dije antes, ante la copia la gente prefiere el original.

El convencimiento al que he llegado después de más de año y medio viendo al líder de mi partido, es que Pablo Casado no tiene quien le escriba, que diría García Márquez. Las prisas y la improvisación nunca han llevado a buen camino a quien aspira a ser presidente del Gobierno, representando al centroderecha. Esto, señores, no es tan fácil como echar un huevo a freír.

LA POLÍTICA LÍQUIDA

Pero más allá del Partido Popular, la política que se hace en estos momentos en España y, también en Europa, es muy distinta. Yo digo que son «políticos líquidos», porque se dedican a lanzar mensajes vistosos, ataques entre ellos y no explican con claridad cómo quieren gobernar, qué propuestas tienen para crear más empleo, cómo van a gestionar la mejor educación, cómo van a mantener el Estado del bienestar o una sanidad pública de calidad.

Ahora la política se desarrolla en Twitter, en fogonazos de Instagram, en ver quién lanza la frase más viral. Lo superficial se ha impuesto a lo importante y trascendental, por eso hablo de política líquida. Ya no hay solidez, sino que se trata de generar titulares, que acostumbran a ser muy superficiales. Es un mal de todos los partidos. Lo vimos muy claramente en diversos debates en las campañas de las elecciones generales de abril y noviembre del 2019. Esos no fueron debates, sino tertulias a tortazo limpio, en las que no se trataba de explicar programas, sino de ver quién insultaba mejor y protagonizaba la polémica más vistosa. En ambas elecciones generales, los partidos se convirtieron en algo parecido a los equipos de fútbol. Pugna-

ban por conseguir a ver quién fichaba a un Messi, a un Ronaldo u otras estrellas.

El problema de fondo, a mi entender, es una nueva forma de analizar la política. La situación la define muy bien el sociólogo Zygmunt Bauman, premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades en 2010, en su obra *Tiempos líquidos* (Tusquets, Barcelona, 2007). La estabilidad ya no sirve porque se apuesta por el cortoplacismo. Lo líquido, sin peso, gana frente a la solidez. «En la sociedad líquida —según el gran sociólogo—, las realidades sólidas de antaño desaparecen para dar paso a lo precario en muchos órdenes de cosas. Lo duradero se convierte en transitorio, en efímero; la necesidad, en utilidad.»

En este contexto, no reivindico, por mi veteranía, el pasado, sino que echo de menos la política de fondo. No me gustan los debates donde se vierten acusaciones de tener las manos ensangrentadas, en los que se saca un portafotos con Torra o se llena el atril de objetos de apoyo para que todo gire sobre golpes de efecto. Es la forma frívola de enfrentarse a los problemas lo que no comparto en absoluto.

Aludir a las manos manchadas de sangre, llamarle «felón» u otras perlas han sido las estrategias que Casado exhibió en aquella campaña para atacar a Sánchez. Una actitud muy combativa y poco propositiva. Alguien podría pensar, a raíz de este análisis, que «ejemplos vendo y para mí no tengo». Pero yo entiendo que se puede diferenciar lo que he descrito de la importancia de hablar claro, sin pelos en la lengua y con un lenguaje muy directo, para que todo el mundo entienda qué es lo que propones y cuáles son tus objetivos. Es imprescindible, a mi entender, explicar de forma eficaz el programa, con cifras y propuestas para cada área. Otra cosa es hacer ruido para lograr titulares sin exponer ni anunciar nada concreto.

Aún recuerdo la legislatura de 2016, con las negociaciones de candidato a la presidencia ante el bloqueo a Mariano. Se montaban auténticos espectáculos de puestas en escena del

jefe del partido acompañado de una veintena de acólitos bajando unas escaleras o paseando por un pasillo con un gesto muy televisivo. Una reunión por aquí seguida de declaraciones, y los periodistas del Congreso corriendo para la sala; otra reunión por allá y otra rueda de prensa, y los mismos periodistas perdiendo el aliento para llegar a tiempo. Cuando me preguntaban qué me parecía todo aquello, decía que era un circo de siete pistas, un pasillo de comedias, pero en el fondo bastante trágico.

Hay una realidad muy clara, derivada de la crisis económica, que ha afectado al conjunto de la población. Además, la crisis política, que ha perjudicado a unos partidos más que a otros, ha fragmentado el voto. Han ido surgiendo partidos, como Ciudadanos o Vox, que han dividido parte del centroderecha. Otros, como Podemos, que han dividido a la izquierda. Y aunque el PSOE va cogiendo fuerza, la irrupción de un antiguo compañero de Pablo Iglesias intentó, aunque con escaso éxito, dividir de nuevo el voto por ese flanco. Y vamos ya por seis.

Descargar en Mariano Rajoy la aparición de Vox es faltar totalmente a la verdad y esconder la cabeza, como los avestruces. Vox hace tiempo que existía, desde que se creó con Alejo Vidal-Quadras. En las elecciones europeas de 2012 ya se presentó, sin lograr ningún escaño. Pero en las generales de 2019 ha concurrido con más fuerza y la fragmentación en la derecha se ha hecho patente en tres opciones. A pesar de todo, Santiago Abascal no logró los resultados que esperaba en abril. En los comicios de mayo, Vox tampoco cubrió sus expectativas, pero sí que se convirtió en bisagra para lograr mantener gobiernos del PP o permitir desbancar a la izquierda podemita de algunos ayuntamientos. El partido de Abascal aprovechó otra vez la oportunidad que le dio Pedro Sánchez con las elecciones de noviembre, y en un ambiente polarizado consiguió superar los tres millones y medio de votantes. Y así, la extrema derecha pasó por delante de la extrema izquierda en este país.

La actitud de los dirigentes de esta fuerza radical, sobre todo la que exhibe su líder, me parece fuera de la realidad, al mismo tiempo que peligrosa y germen de conflicto social. Abascal pide respeto para su formación con una actitud muy dramática. Está en su derecho de hacer valer sus apoyos, pero debería medir las consecuencias de sus propuestas. Se me abren las carnes cada vez que los oigo, especialmente cuando proponen retrocesos muy graves en logros sociales que tanto esfuerzo nos han costado a muchos.

Como ya he señalado anteriormente, creo que el PP y Vox no son dos partidos sustitutivos. Más allá de una ideología no integradora y muy definida, Vox apela a las emociones, al discurso fácil al que suelen recurrir los que no han ocupado cargos de gestión, pero sí me parece interesante, y así lo he comentado en algunas ocasiones, que parte de este aumento de apoyo que se ha materializado en votos se debe a la polarización de la sociedad. Son los efectos del buenismo, de los tiempos líquidos, de los movimientos identitarios y lo políticamente correcto. Es una realidad que vemos no solo en España, y que los partidos históricos deberían analizar.

Como hemos observado, luego, con los resultados a la vista, se requieren pactos para gobernar y se entra en un mercadeo de cargos y otras cuestiones que afectan al día a día de los ciudadanos. Estas situaciones son muy negativas y contribuyen al descrédito de la política, ya muy tocada. Cuando los electores sean conscientes de esta situación, se volverá al bipartidismo, con dos grandes fuerzas, como el PP y el PSOE, que tendrán sus apoyos y permitirán gobernar a uno u otro en función de cómo lo hagan. Así lo veo y así lo deseo. Por el bien de todos los españoles.

Por ejemplo, que una moción de censura como la que provocó el fin del Gobierno de Mariano Rajoy estuviera en manos de cinco diputados, los del PNV, te hace reflexionar profundamente.

La bochornosa investidura de Pedro Sánchez, con acuerdos y compromisos con partidos tan solo comprometidos con

la ruptura de España, con aquellos que apoyaron el terrorismo o el populismo de izquierdas, es quizás el epítome amargo de estos años.

En cuanto al Partido Popular, considero que la situación generada tras aquellas elecciones de abril y la situación actual, tras la debacle de Ciudadanos y el fortalecimiento del populismo de derechas en las de noviembre de 2019, hace necesario que se abra un período de análisis en el centroderecha para recomponerse. Habría que aprovechar este escenario para reparar el partido desde dentro en lugar de hacerlo desde fuera. Las siglas del PP están en el grupo más importante de Europa y cuesta mucho implementar una marca de partido entre los ciudadanos.

Ante los nuevos líderes que presumen de ser jóvenes se dice que existe una devaluación de lo sénior. No es tan cierta esta percepción, porque, por poner varios ejemplos, tanto el alcalde del PP en el Ayuntamiento de Málaga, Francisco de la Torre, como el que fue candidato socialista a la Comunidad de Madrid, Ángel Gabilondo, o la exalcaldesa de Madrid, que se presentó a la reelección, Manuela Carmena, superan todos los setenta años. Frente a eso te encuentras las candidatas y candidatos jóvenes del Partido Popular o de Ciudadanos. El tema no radica en la edad, porque recordemos que Felipe González llegó a ser presidente con cuarenta años, y José María Aznar, con cuarenta y tres. En política ni los años son una rémora, ni la juventud un aval de eficacia. Hay que conjugar la experiencia con la incorporación de nuevos valores que demuestren tener capacidad.

Así que no me preocupa tanto la edad como la experiencia. Me intriga cómo el grupo parlamentario del PP se va a enfrentar al día a día. Conozco muy bien cómo funciona el trabajo parlamentario, porque he pasado por casi todos los cargos en el Congreso, y tengo constancia de las dificultades y las complicaciones del día a día en el Parlamento español. Además, con la reducción de personal por la pérdida de diputados, y por lo tanto, del presupuesto, se ha quitado a gente muy válida y con experiencia

y preocupa ver cómo van a salir adelante con la legislatura. Se han producido situaciones muy indignas, como echar a la calle a gente que llevaba muchos años trabajando y ha demostrado con creces su gran profesionalidad. Estoy de acuerdo en que es bueno y necesario incorporar nuevos valores a la política, y sé que hay gente joven muy preparada, pero siempre se necesita experiencia para afrontar con éxito nuevas funciones. La improvisación y la falta de práctica son muy negativas en política.

Pero al hilo de mis reflexiones sobre la política líquida, los cambios sociales que venimos experimentando en los últimos años y el papel de la juventud, tengo que expresar cierta preocupación por algo que he sufrido en mis propias carnes: la indignación sobreactuada, ante cualquier declaración que yo pudiera hacer, de la llamada generación «copo de nieve» —término sacado de una obra de Chuck Palahniuk, *El club de la lucha* (El Aleph, Barcelona, 2005)—, y que define a una juventud hipersensible, y por lo tanto de fácil ofensa ante cualquier punto de vista diferente al suyo. Incluso un comentario que yo pudiera realizar en broma, y que cualquiera sabía que era eso, una broma, en estos jóvenes era una ofensa ante la que reaccionaban de una manera muy agresiva. Se detalla esta actitud en la obra de Claire Fox *I Find That Offensive!*, y sí, parecen vivir en un estado de ofensa por todo e intransigencia muy llamativa.

La juventud es el presente y el futuro. Yo viví la mía en una dictadura, cuando éramos jóvenes activistas con deseos de cambiar el mundo. Así debe ser, pero nunca desde el odio, el victimismo y la narrativa simplista de los buenos y los malos. Esta actitud no servirá para avanzar, si acaso se utilizará para instrumentalizar a toda una generación, que corre el riesgo de convertirse en eternos adolescentes.

Estos tiempos líquidos dicen que son la adaptación de una sociedad que debe ser capaz de aceptar los constantes cambios. No sé, quizás puede ser así. Pero lo que tengo claro es que la licuefacción de la política no ha traído cambios para mejor.